



alumbrar muñecos y no salvajes criaturas en el mundo

Maria Teresa Andruetto

En materia de escritura, lo más político del asunto es poner en cuestión las certezas porque lo que une al arte con la política es la posibilidad de establecer disenso, salir de uno mismo para mirar desde otro con el que tal vez disintamos. Busco detalles, la creación está en los detalles, los grises, los bordes, lo incierto, lo incómodo; todo es importante pero el narrador y su punto de vista son lo más importante de todo. Un relato es una voz al oído, en la oralidad está el lugar más vital de una lengua, también el más inestable, el más incierto, el más inseguro, el más difícil de apresar. Cómo volver verdadera una voz, es el desafío, de modo que estoy muy atenta a los registros del habla, a los matices que eso tiene, porque en el matiz aparecen las convicciones, contradicciones, conocimientos y confusiones de la voz que narra. La literatura es memoria no solo histórica, sino también memoria del cuerpo, de la vida cotidiana, de las mujeres de la casa. Memoria, diría Marc Augé¹, llena de olvido fecundo, que opera por una selección que no es gratuita, que es ideológica. Esa memoria es un río subterráneo que a veces irrumpe y sale a la superficie para volver a hundirse, que va y viene, pero no deja de estar en nosotros porque hay un saber que está en el cuerpo y rebrota. Esa voz social tarde o temprano regresa, del mismo modo en que regresa una y otra vez, en los procesos individuales, lo reprimido hasta que se hace un lugar en lo consciente. Las formas del arte que más me interesan son las que nos conectan con esa zona subterránea: un individuo que yendo hacia sí mismo logra extraer algo de la voz social; por eso, en los mejores momentos de los mejores escritores, quien habla por ellos es una sociedad.

No creo en las trasposiciones, creo en el trabajo de cocción que la escritura hace con la vida, el paso de lo crudo a lo cocido. Lo que me atrae: escenas que presentan un ligero desacomodo/ disfunción/ corrimiento de lo habitual, o que contradicen preconceptos que hasta entonces yo tenía sobre ciertas cuestiones. No me interesa lo verdaderamente extraño, extraordinario, me atrae más lo que es apenas un poco extraño, lo que se esconde bajo las apariencias, lo luminoso o lo oscuro que habita en la vida de todos y que sólo con mucha atención, a veces, se deja ver. El huevo es el descubrimiento involuntario de una escena, después voy cavando ahí hasta que algo que todavía no conozco se revela en un sentido casi fotográfico; en ese alambique se

¹ Augé, Marc. Las formas del olvido. Gedisa, 1998



fusionan experiencia e imaginación, lo ficcional y la (propia) vida porque la imaginación nunca se aleja del todo de la experiencia.

La ficción hace un pase de lo crudo a lo cocido, porque la cruda vida no está toda junta ni cierra sentido por sí sola. Lo vivido está disperso, pre significado, y la escritura amasa, fusiona, soba hasta leudar, cuece. Para eso, hay quienes necesitan conocer el trazado antes de salir de casa, llevan mapas, evalúan puntos cardinales, necesitan saber hacia dónde van y cómo termina el recorrido. Otros nos largamos a escribir por algún impulso que a veces llega y, como llega, muchas veces también se va, sin que sepamos previamente dónde está el camino, que a menudo apenas si es sendero, apenas si huella. Soy una de esas que se largan a ciegas, llevo brújula (emoción y deseo de comprender), eso sí, y esa brújula suele llevarme a alguna parte. A un lugar que siendo de otros, siempre tiene mucho de mí.

Escribir, así como yo lo entiendo, es ir hacia eso que viene hacia nosotros, esa imagen, esa voz en el oído, entregarse a esa intuición. Deseo de ser transformado por eso que viene y a lo que vamos, intenso deseo de comprender. Ir sin saber hacia dónde, abiertos a lo inesperado. Temer todas las veces, aunque haya sucedido muchas veces, que la criatura no nazca bien. Sentir el sudor y el temblor, memoria de aquello que sentimos la primera vez. Saber que, si el temblor no llega, es porque efectivamente algo no está saliendo bien y tener miedo –mucho miedo– de ser aceptado o halagado o consentido por algo que ya hicimos, por algo ajeno a eso mismo, eso tras lo cual estamos ahora. Necesitar de la destreza y el oficio como del pan y saber al mismo tiempo que hacerlo de oficio es lo que más nos aleja de lo que deseamos. Comprender entonces que el oficio puede ser un enemigo, el mayor enemigo, que ahí está el peligro de alumbrar muñecos y no salvajes criaturas en el mundo. Que lo mejor sería deshabitarse para que algo pueda ingresar, algo de todos y al mismo tiempo tan de nosotros. Deshabitarnos (¡lo más difícil!) para que eso de otros que está en nosotros y desconocemos *nos tire un hueso*. Aceptar que nunca nada será del todo como lo hemos deseado, que por grande que sea la entrega y por larga que sea la espera, puede que no sepamos ver o que escuchemos mal o que sea demasiado pronto o demasiado tarde, porque como dice un poema de Rodolfo Godinoⁱ, *en la pelea con la palabra inhábil, partes del corazón y la verdad se pierden*.

ⁱ Godino, Rodolfo. Centón. Ediciones del Copista, Colección Fénix, 1997.